

Malintzin en medio de la Conquista

Luis Barjau*

De entre todas las relaciones históricas que integran el complejo núcleo de los antecedentes de un fenómeno como la Conquista se puede extraer uno, de un grueso perfil, pero de significado inequívoco, que explica su causalidad. Y tal fue la indeterminación política que la hegemonía ostentada por el poder de la ciudad-Estado de México-Tenochtitlan se vio constreñida a asumir. En pocas palabras: la imprevisión de la *tlatocáyotl* (o dinastía de los tlatoque nahuas) para configurar una base social, estatal, más amplia y duradera, que ofreciera un muro de contención a los propósitos de cualquier enemigo advenedizo. Es decir, una administración estatal lo suficientemente sólida como para mantener pleno control de sus regiones subordinadas.

El secular aislamiento de las sociedades prehispánicas americanas; la etapa milenaria de autogestión de las culturas mesoamericanas sin comunicación, comercio, confrontación, rivalidad, interacción, definición de ideas y conceptos a través de la otredad, en suma, el aislamiento del resto del mundo, construyó a tales poblaciones indígenas al diseño político interior, solitario, del orden de sus sociedades, del sentido de sus legislaciones, de la construcción de sus entornos urbanos, de sus mitologías y de su religión, de su axiología indocéntrica. Todos estos factores exi-

mieron a dichas sociedades de la competencia y el comercio que permitiera, por ejemplo —como por su lado permitió a los europeos adquirir de los chinos la pólvora— adquirir la fórmula con qué robustecer un armamento y un orden militar de alto poder, así como el intercambio de otros descubrimientos técnicos y científicos a lo largo del tiempo. Amén del intercambio espiritual, filosófico e idiosincrásico con la alteridad.

Por otra parte y en referencia a los usos propios de las sociedades de este continente, es conveniente observar que el sometimiento también tiene sus reglamentos. Un esclavo de la antigüedad, aún explotado al máximo por su amo y condenado a una estirpe vitalicia y hereditaria para servir a la vileza y abuso de éste recibía, no obstante, como mínimo, el magro sustento, la choza destartalada, algún vestuario. El caso es que la hegemonía de la Triple Alianza sometía un área extensa de reinos diversos y dispersos, desde la montaña central hasta ambos costados del territorio, a la fuerza militar. Imponía un inflexible yugo tributario, sin retribución de ninguna especie: una situación lograda por superioridad militar pero que era evidente que descontaba una base tan sólida como para mantenerse a largo plazo, retribuyendo apoyo y estímulo de desarrollo a sus regiones sometidas. Una estructura que descontó por completo el cálculo político y que sólo se fío de su superioridad.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

dad militar. Mientras que en la periferia se fraguaba el orden de sus sociedades, se observaban los parámetros de la justicia, se calculaba que con sus propios recursos milenarios y su propia fuerza bastaba para la manutención, el autoconsumo y para el bienestar de sus coterráneos. Sin embargo, dicha situación constituyó el *humus fecondo*, la tierra fértil para que surgiera la animadversión, el rencor y la hostilidad hacia sus evidentes enemigos. Y para preparar los ánimos propicios a la alianza con cualquiera que entrara bien armado y con intenciones de someter al poder central de sus opresores.

La previsión política de superioridad a que pudo acceder el liderazgo mexica estuvo definida por un movimiento de alianza vecinal, inmediata y concentrada por la fuerza, (aunque ello también fue un proceso muy complejo a lo largo de la historia mexica, y para eso hay que observar con cuidado las narraciones de Diego Durán y de Domingo de San Antón de Chimalpáhin), cuyo antecedente prístino estuvo en la fraternidad que, por ejemplo, los indígenas iroqueses lograron en el territorio que hoy ocupa la ciudad de Nueva York en los extremos septentrionales del continente. La fraternidad como modelo de organización social es una confederación de tribus. Y así iniciaron su estrategia los fundadores mexicas, pero en su caso, no con tribus, sino con ciudades-Estado ya consolidadas, como lo fueron Tacuba y Texcoco. Sin desvalorizar por este hecho la especial capacidad militar de los tenochcas, que en escasos dos siglos los llevara a guiar ventajosamente los destinos de todos los reinos del área mesoamericana, esquivando, naturalmente, a aquellos que pudieron ofrecer mayor resistencia, como los purépechas, tlaxcaltecas y mayas. Pero los días de aquella tiranía estaban contados. Y la larga etapa de solipsismo sociocultural por la que atravesaron los indígenas continentales se empezó a romper desde que Francisco Hernández de Córdoba pusiera pie, en 1517, en el cabo Catoche del norte de la península de Yucatán.

La alianza primigenia de tepanecas, culúas y mexicas permitió a estos últimos vertebrar sociedad y poder en el plano mesoamericano. Una acción secular y localista que dio el perfil

centralista unitario a lo que posteriormente sería el país mexicano. Y que ofreció a su vez la resistencia mayor a los invasores castellanos, con noventa y tres días de funesta batalla que desmoronó a la bella Tenochtitlan y donde fueron masacrados sin piedad sus habitantes.

Por su parte, la recurrencia al triunvirato nahua bajo la égida mexica con el tiempo habría dejado a mediano plazo la posibilidad, a través de los contratos matrimoniales de la tlatocáyotl, del traslado de la sede del poder supremo a Texcoco o a Tacuba. Y también, a la escisión de los triunviros. Pero nada de esto ocurrió antes de la llegada de los castellanos.

La alianza matrimonial —como en el “Viejo Mundo”— desde luego que jugó un papel en la consolidación de un estrato “noble” o aristocrático, que gobernó a todos los reinos mesoamericanos. Y en la unción del tlatoani mexica se prefiguró una suerte de monarquía indígena que restringía dicho estrato y se alejaba también de toda posible forma cercana a una participación democrática. La casta sacerdotal que sostenía a la teocracia gubernativa sin duda juraba obediencia irrestricta al *hueytlatoani*.

Se trataba de un poder absoluto que resultó ser finalmente el eslabón débil de la cadena que ataba a los pueblos mesoamericanos. Un poder vertical que una vez sometido arrastró en su caída al conjunto de los reinos.

Las excepciones estuvieron dadas por aquellos reinos que resistieron al sometimiento mexica: purépechas, tlaxcaltecas, mayas. Sabemos que la conquista de estos últimos fue la más prolongada, que los de Tlaxcala fueron aliados prácticamente inmediatos de los castellanos, y que el *cazonzi* (caltzontzin o irecha) Tangáxoan Tzintzicha o Tangáxoan II, rey del mundo michoacano, renuente a someterse a los castellanos, fue liquidado.

Lo que sí ocurrió en cambio fue que, no obstante que la inmediatez de la alianza indocastellana permitiera la destrucción de la cúspide del poder indígena, no contrajo la destrucción total del sistema tributario ejercido por los mexicas, aunque sí su modificación. Pero la promesa y la realidad parcial de su destrucción bas-

taron para que la alianza inicial permitiera la caída de Tenochtitlan. Y después, para que el vasallaje de una amplia zona indígena aceptara continuar con el tributo al valle de México, aunque limitado momentáneamente a un solo producto, que era el interés primordial de los conquistadores: los metales preciosos. En esto consistió la modificación del sistema tributario. Cortés y su hueste, en vez de cambiar por completo dicho sistema, se montó en él aprovechando su rai-gambre, su extensión y su consolidación como una forma de las relaciones de producción.

He aquí las peculiares vicisitudes del desarrollo e implantación del centralismo mexicano: tras la Triple Alianza que depositara el poder entre los tlatoque mexicas sobrevino el dominio cortesiano que culminó con el virreinato. Pero tal pulsión centralista conformó la base de lo que sería el país mexicano, que conservó el nombre del grupo hegemónico en el plano mesoamericano y el usufructo poderoso de bienes y servicios de tres siglos y dos décadas de colonialismo. A partir de la Conquista los pueblos indígenas quedaron inmersos en un duro proceso de pauperización y de extinción que los llevaría, salvo el amparo de la integración nacional y el proceso de “mestizaje”, a la miserable marginalidad en que hoy viven.

Los destinos del imperio mexica y su sistema tributario eran más o menos alterables por otras vías. La invasión —como ocurrió— era inminente por el desarrollo acelerado de la marinería europea y aun hubiera creado posibilidades a otras potencias extracontinentales. Internamente, el perfil de aquella sociedad indígena inmovilizada hubiera encontrado prontas rupturas. Por ejemplo, en el momento de la Conquista había florecido ya un nuevo estrato social constituido por los comerciantes, los famosos *pochteca*. Ellos, como ocurrió en todo sitio del globo, hubieran ocupado rápidamente un lugar superior en la escala social, modificando profundamente las relaciones de producción y las formas de ejercicio del poder central y de las sa-trapías caciquiles.

El fetiche del dinero, a media consolidación con el uso del cacao, también hubiera adquirido

el poder de reestructuración de las sociedades. Los granos de cacao, como el trueque, hubieran tenido que despuntar en una suerte de moneda metálica o en papel, concreta y sólida para fines, entre otros, de herencia y fortalecimiento de estirpes familiares nuevas; lo que introduciría también nuevas formas de relaciones de producción. La escritura pictográfica también hubiera derivado con seguridad en nuevas formas de impresión y de expresión gramatical,¹ como ocurrió en todas aquellas culturas de la antigüedad que la ejercitaron, lo que habría contraído también una nueva mentalidad.

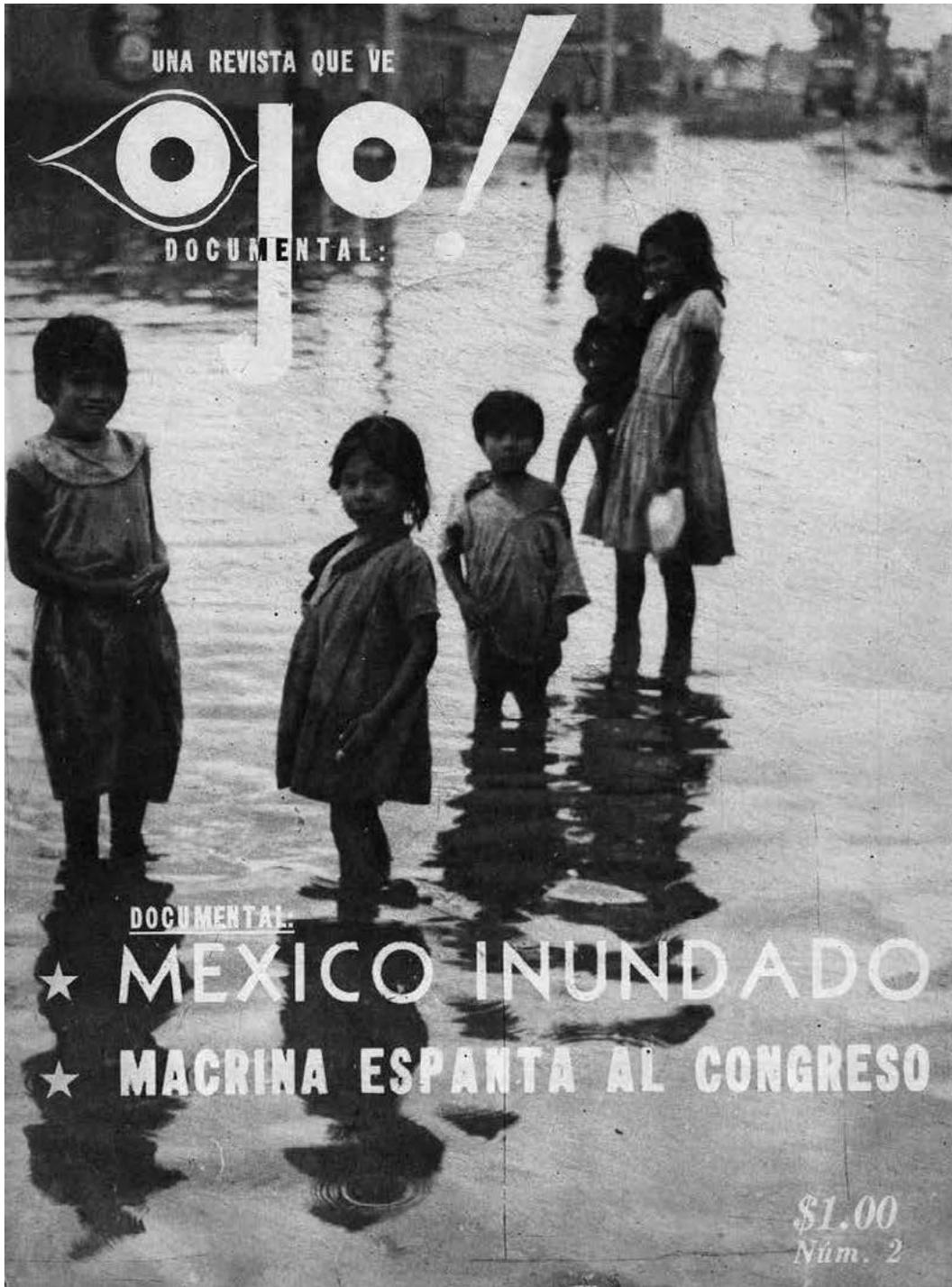
Pero en la historia —sabido es— la aplicación del pretérito imperfecto del verbo redundaba en una consideración banal: y la realidad inapelable fue la llegada de los españoles en el siglo XVI. Y de las espinosas secuelas de su presencia.

Una figura esencial para los propósitos de los españoles desembarcados en la isla de Cozumel en 1519 y capitaneados por Hernán Cortés fue indudablemente la llamada Malinche, que después, en el siglo XVIII, fuera nombrada por Francisco Javier Clavijero como Malintzin Tenépatl.² La participación de esta “mujer de la tierra” afiliada al bando de los españoles en Centla, Tabasco, después de la derrota de este pueblo maya-chontal, al servicio de cuyo cacique se hallaba, constituyó uno de los famosos hechos azarosos que habrían de beneficiar y facilitar enormemente el proceso de la conquista realizada por los españoles sobre un territorio inmenso habitado por la civilización mesoamericana.

Si las mujeres españolas e indígenas tuvieron una participación marginal en el encuentro del

¹ No ha faltado ocasión de detectar el *pro rebus* mexica de su lengua, como cierta representación gráfica como la de un cántaro (cómitl) que arroja agua (atl) fue usado para contraer el nombre del reptil serpentino: cóatl. Cfr. Gutierrez Tibón, *Historia del nombre y de la fundación de México*, México, FCE, 1975, lo cual evidenciaría el proceso donde el lenguaje pictográfico se inclina hacia la búsqueda del alfabético.

² Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México y de su conquista. México 1844*, t. I; *Historia antigua de México*, México, Porrúa, 1991, libro VIII, cap. 5, p. 299. Luis Barjau, *La conquista de La Malinche*, México, Martínez Roca/Planeta mexicana/Conaculta/INAH, 2009, p. 211.



siglo XVI, la excepción fue La Malinche. Cuya participación se dio en el mismo plano masculino. Y de éste, en las cúspides del mando y de las tomas de decisiones, también en la planificación y en la gestión política.

Su figura fue diferente en el ámbito de la acción de las mujeres y en el de la mayoría masculina por sus circunstancias biográficas:

1. Superó su situación, determinada como una forma de esclavitud, desde su salida de Tabasco.
2. Fue el primer personaje indígena que se convirtió al cristianismo.
3. Asumió responsabilidades militares.
4. Fungió como traductora clave.
5. Como guía de los españoles en el conocimiento del mundo indígena.
6. Como primera catequizadora indígena.
7. Como enlace político entre indios y españoles.
8. Como terrateniente al lado de su esposo español Jaramillo. Una posición que las demás indígenas unidas a españoles en contadas ocasiones asumirían. En su caso excepcional se debió a sus servicios en la Conquista, a su posición personal de dueña de tierras y a su papel de autoridad frente a pueblos indígenas.

Examinemos ahora con puntualidad la vida y la obra de la mujer mexicana que dio inicio como figura histórica central al *mestizaje* en Mesoamérica; la importancia que tuvo en la Conquista de México; el significado de su vida, y de la leyenda y el mito que se esbozó en su nombre. También se explica por qué hoy es oportuno este análisis. Qué significa la revisión del papel que desempeñó La Malinche en la historiografía y la historia mexicana. Se pone especial atención al significado de la ruta de Cortés a partir del Sureste, en particular desde Centla, Tabasco.

La Malinche fue la primera aliada importante de Hernán Cortés; la *faraute* (traductora, embajadora, intermediaria) del conquistador; la primera indígena que aprendió el castellano; el primer ser indígena convertido al cristianismo, religión que, al paso, empezó a difundir como catequizador; fue ayuda de importancia para tras-

mitir las órdenes militares a las escuadras indígenas de aliados, cada vez en aumento desde Cempoala y Quiahuiztlan en la Villa Rica de la Vera Cruz. Al lado de Cuauhtémoc participó como traductora en la construcción de la nueva ciudad novohispana que se irguió sobre las ruinas de México-Tenochtitlan.

Su figura es fundamental en la historia y creación de la nueva sociedad mexicana que siguió a la etapa prehispánica de Mesoamérica. Por ello se observa con una nueva visión su vida y su obra. Y se acepta que su figura es arquetípica de la mujer mexicana que, influida por la mentalidad occidental, se rehace a sí misma continuamente. Se puede aceptar que en ella encarna, inicialmente, el fenómeno de corte universal que interrelaciona por primera vez a dos tradiciones civilizatorias distintas; y al resultado social, histórico, psicológico, idiosincrático, en fin, total, que ese movimiento concita.

A través de La Malinche, pues, abanderada entre la fila de los hombres de Cortés que marchan incontenibles hacia el altiplano central, ella se involucra pactando y guerreando con el mundo milenar de los indígenas. *Malintzin* es, literalmente, la vocera de las preguntas y de las órdenes del conductor de esa aventura. Entre los españoles, en quienes prevalece como nunca el espíritu de la Armada Invencible, el temple se encrespa frente a las dificultades con la obsesión de realizar una hazaña. Por su parte, este singular papel de La Malinche se eleva hasta colocarla como pieza central de la Conquista y desintegración de un Estado y en la colocación de los cimientos de otro de nuevo cuño. En breve, la convierte en un funcionario de Estado, con encomiendas delicadas y especiales. Colaboró asimismo —en un grado que aún está por ser evaluado— en la creación y en la aplicación de una estrategia militar. De aquí la importancia que debe tener el conocimiento de los procedimientos militares y de las razones de Estado del imperio tenochca. Por esta vertiente podremos observar de qué modo se engastó la mentalidad mercantil-católica con la de los nativos.

A esta mujer indígena le tocó el difícil papel de la mediación. Fue una figura coyuntural por

excelencia; en la historia de las mentalidades, fue el eslabón central de la cadena; como mujer de la tierra es una referencia obligatoria de los orígenes y es personaje que, como los mitos, nace de las transiciones, pues pasó de la esclavitud a ostentar buena proporción de poder como figura de Estado. Pasó del papel de la mujer indígena con reglas que la circunscribían a la agricultura y el trabajo doméstico a ocuparse de la administración de asuntos importantes en un nuevo Estado. De la asunción de un perfil religioso fundado en el politeísmo a otro por completo distinto, el del monoteísmo. De feligresa pasiva de los cultos indígenas a catequizadora activa del cristianismo. Fue el molde prístino del mestizaje en América, que creó una nueva y la última mezcla biológica y masiva del mundo. La primera mujer mesoamericana que se condujo en dos lenguas pertenecientes a troncos lingüísticos ajenos y lo que eso implica en términos de la reconstrucción y contrucción de la cultura. Por todo eso tenemos en ella, siendo unidad, un ser bifrontal que asume el mundo desde esta condición y que habría de escapar de un destino tan dramático como privilegiado por el hecho de que su transicionalidad la habría de convertir en la fuente de una mitología que subsiste hasta la fecha en México, aunque el análisis todavía no sea capaz de mostrarnos las características de su saga, mucho menos la de sus significados. Marina sigue siendo apenas un lamento furtivo en las calles oscuras de las leyendas mexicanas y no sabemos qué dicen las letanías que recitan esos lamentos. Sus voces multiplicadas rebotan en los muros antiguos como ecos del rencor y del autoescarnio.

Por su acción concreta en la historia de la conquista de México, así como por su potencial mitológico en la construcción de la cultura nacional, es la figura irremplazable para crear un paradigma distinto que vuelva los ojos sobre nuestro pasado con el ánimo de encontrar respuestas y dejar entrever soluciones a nuestra problemática en diversas instancias.

Este paradigma llama la atención sobre la importancia que tiene esta figura histórica para la construcción de una nueva integración y así invitar a la reflexión triple de la historia, la fi-

losofía y la antropología, con nuevos métodos, sobre las instancias de nuestro pasado que aún permanecen ocultas.

Aspira también este bosquejo, en su tránsito por el terreno de la antropología filosófica, a plantear un esquema ideal, comparativo, que observe la consideración de las categorías clásicas de *mythoi* y *lógoi*, esta vez entre la mentalidad nativa prehispánica y con referencia a la “razón occidental”, en la inteligencia de que aún siendo mito y logos inseparables, se pueden señalar ciertas sustancias intrínsecas de cada uno, con objeto de hallar nueva herramienta con qué observar el infame momento en que se entrecruzan ideologías, idiosincrasias o mentalidades, cuya naturaleza distintiva estuvo dada por la completa separación milenaria de ambos procesos civilizatorios.

Cabe aclarar que la antropología moderna descuenta, aunque sin especificarla, la distinción que la filosofía decimonónica alemana hizo entre filosofía y otras formas de reflexión (“filosofemas”), entre mito y logos precisamente, entre la razón y la pasión (la famosa distinción categorial kantiana entre “conciencia en sí” y “conciencia para sí”),³ sobre todo allí donde el pensamiento europeo buscó una extrapolación extrema al estilo de los primeros capítulos de las *Lecciones de historia de la filosofía* de Hegel,⁴ que vió en el pensamiento occidental la conjunción dialéctica de ambas conciencias, mientras que creyó observar que en el resto de las regiones del mundo sólo privaba la primera “conciencia o en sí”. En la lógica dialéctica de Marx,⁵ se vio exclusivamente en la gestión de la clase obrera industrial un desarrollo posible para el futuro de la humanidad.

El tiempo mexicano desmostró que el entrecruzamiento de pulsiones idiosincrásicas y culturales de distinta naturaleza (una de las cuales

³ Immanuel Kant, *Crítica de la razón práctica*, trad. de E. Miñana y Manuel García Morente, Madrid, Espasa-Calpe, 1981; véase también A. Schopenhauer, “Crítica a la razón kantiana”, en *El mundo como voluntad y representación*, vol. I, Epílogo, México, Alianza Editorial, 2010.

⁴ Friedrich Hegel, *Lecciones de historia de la filosofía*, México, FCE, 1985.

⁵ Karl Marx, *Manifiesto del Partido Comunista*, México, Progreso, 1970.

conservaba segmentos socioculturales que han sido considerados “atrasados”, como el régimen sacrificial) no sólo puede crear, sino preservar una nueva nación (como noción distinta de la realidad) a lo largo de siglos.

Este paradigma pretende iniciar también un modo de observar, con mayor eficacia, el ejemplo de ese entrecruzamiento de procesos civilizatorios distintos. Eficacia que pueda ser medida con la solución de preguntas aún incontestadas e incrustadas en la historia de las mentalidades locales.

Hasta aquí hemos tomado la figura de nuestro personaje para tratar de adentrarnos en una reflexión del género.

Pensando en la doble investidura indígena-hispánica de La Malinche, se simplifica en este modelo la estructura de la narración que le concierne, generando dos partes fundamentales: una la historiográfica porque el tema obliga a reconsiderar los momentos básicos de la Conquista (aunque haciendo énfasis en los hechos no interpretados con anterioridad), y otra, la leyenda, la que ha sido aludida sólo tangencialmente.

Malintzin prehispánica

Bernal Díaz del Castillo —que fue testigo ocular de los descubrimientos y de la Conquista— dijo que Marina “era gran cacica e hija de grandes caciques y señora de vasallos”. Esta es una apreciación general hecha por un autor que escribió más de treinta años después de los hechos. Con seguridad, a Marina se la puede considerar gran cacica a partir de que adquiere poder y dinero por las negociaciones entre los nativos y Cortés, lo cual ocurre a partir de 1519 en Cempoala; pero especialmente después de 1521, cuando Cortés la dota de importantes propiedades de tierra en Chapultepec, en lo que hoy son los alrededores de San Cosme y la Plaza de Santo Domingo; en Oluta y Jáltipan, de la jurisdicción de Coatzacoalcos, y en Jilotepec, zona otomí hoy del Estado de México.

Prueba irrefutable de su origen —y que Bernal no pudo haber inventado— es el testimonio que

dio de sus padres, reencontrados en Painala, cuando Cortés y doña Marina, juntos con él, viajan a las Hibueras a enfrentar el alzamiento de Cristóbal de Olid. La mención de sus padres llamando a la madre y a su hermano materno por sus nombres cristianos: Marta y Lázaro. El temor de la madre de una posible venganza por parte de Malintzin, quien había sido por ella repudiada. La actitud de perdón de la hija, en virtud de las ventajas de su alianza con los españoles. Ningún otro testigo dio datos tan detallados de los hechos. Sería tarea infructuosa buscar causas de posible invención de los mismos.

Sus padres fueron adelantados de Moctezuma y ya gobernaban esa zona de Coatzacoalcos, por lo que sí fueron caciques o principales, que eran los representantes del tlatoani en las tierras que dominaba.

Quedan pocas dudas de que Marina no hubiera nacido en Painala, barrio de Huilotlan u Olutla (hoy Oluta), en un paraje donde se bifurca el camino que va del actual Oluta a las ruinas olmecas de San Lorenzo Tenochtitlan.

Painala estuvo ubicada cerca de Jáltipan y Sayula de Alemán (este último llamado así por ser cuna del presidente Miguel Alemán, cuya madre a su vez nació en Oluta).

En la actualidad, en Oluta, Jáltipan y Sayula (tres comunidades que reclaman ser cuna de La Malinche) se baila todos los años una Danza de La Malinche entre el 14 y el 17 de mayo donde aparecen dos malinches entre sus personajes. Acaso la errátil tradición del teatro y la fiesta populares conmemoren así a doña Marina y a Cortés-Malinche, pues así llamaron también al conquistador; o a la Marina india y a la otra hispanófila; o a la profana y a la divina, como se le llegó a considerar.

Francisco López de Gómara,⁶ el primer cronista que escribió, después de las *Cartas de relación*⁷ de Cortés, sobre la Conquista —pero que nunca pisó suelo de México y que de sus testigos

⁶ Francisco López de Gómara, *Historia de la conquista de México*, México, Porrúa, 1988.

⁷ Hernán Cortés, *Cartas de relación de la conquista de México*, México, Espasa-Calpe Mexicana, 1983.

sólo menciona a Andrés de Tapia como informante—, indicó, obviamente como un error, un sitio llamado Viluta, supuestamente localizado hacia Jalisco, como la cuna de doña Marina. Viluta nunca existió en dicha zona, en la cual no se hablaba sólo náhuatl sino huichol, purépecha, lenguas mixtecas y algunas veces el mexicanero traído por seminómadas de Durango y Nayarit, entre otras lenguas indígenas principales de la zona, ni tenía ninguna relación comercial con el puesto de intercambio de mercancías, Xicalango, que se situaba en la laguna de Términos, en tierras actuales de Campeche. López cometió también otro desacierto: que de Viluta habría sido robada en tiempos de guerra. Pero tampoco se tiene un registro de guerra entre aquellas zonas opuestas. Por tanto, “Viluta” pudo haber sido confundido con Huilotlan. Y “Jalisco” con Jáltipan. Dos pares de locativos, Viluta con Huilotlan y Jáltipan con Jalisco, que comparten sus raíces de lengua náhuatl.

Dos documentos antiguos firmados en Toledo el 19 de julio de 1529 por otros dos testigos oculares —como Bernal—, Diego de Ordaz y Alonso de Herrera,⁸ confirman el origen: “doña marina que es yndia de nación de yndios é natural de la provincia de guacacalco”

El nieto de doña Marina y de Cortés, don Fernando Cortés, “Caballero y Trece de la orden de Santiago gentilhombre de la boca de la Majestad Católica del Rey don Phelipe”, declaró que su abuela fue “india natural de los reynos de Nueva España hija del señor y cacique de las provincias de Oluta y Jaltipa cerca de la villa de Guacacuarco”.

Fray Bartolomé de las Casas repitió lo mismo que López de Gómara, aunque resumiéndolo al dato de que Marina había sido hurtada de su tierra ubicada en Jalisco.

Diego Muñoz Camargo,⁹ que escribió hacia 1590, no hace sino referir las opiniones de tes-

tigos y cronistas sobre el origen de Malintzin y se inclinó, sin prueba alguna, por la tradición que la vuelve natural de Jalisco.

Bernal Díaz expuso sus datos en forma tal que recuerda los sucesos de los populares cuentos maravillosos, aunque sin llegar a sus desenlaces mágicos; también recuerda algunos pasajes bíblicos:

Verdaderamente era gran cacica e hija de grandes caciques y señora de vasallos, y bien se le parecía en su persona [...] Su padre y su madre eran señores y caciques de un pueblo que se dice Painala, y tenía otros pueblos sujetos a él, obra de ocho leguas de la villa de Guazacualco, y murió el padre quedando muy niña, y la madre se casó con otro cacique mancebo y hubieron un hijo, y según pareció, querían bien al hijo que habían habido; acordaron entre el padre y la madre de darle el cargo después de sus días, y porque en ello no hubiese estorbo, dieron de noche la niña a unos indios de Xicalango, porque no fuese vista, y echaron fama que se había muerto, y en aquella sazón murió una hija de una india esclava suya, y publicaron que era la heredera, por manera que los de Xicalango la dieron a los de Tabasco, y los de Tabasco a Cortés, y conocí a su madre y a su hermano de madre, hijo de la vieja, que era ya hombre y mandaba juntamente con la madre a su pueblo, porque el marido postero de la vieja ya era fallecido; y después de vueltos cristianos, se llamó la vieja Marta y el hijo Lázaro.¹⁰

Entonces, en Oluta, el mercedario Bartolomé de Olmedo y Juan Díaz, los clérigos que acompañaban a Cortés, tuvieron el cuidado de bautizar a la madre y al hermano de Malintzin

⁸ “Probanza de Diego de Ordaz y Alonso de Herrera, expediente de Martín Cortés, niño de siete años, hijo de Hernán Cortés y de la india Doña Marina”, Toledo, 19 de julio de 1529, Sevilla, Archivo General de Indias.

⁹ Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, publicada y anotada por Alfredo Chavero, México, Oficina Tipó-

gráfica de la Secretaría de Fomento, 1892 (ed. facsimilar de Edmundo Aviña Levy, Guadalajara, Jalisco [s. e.], 1966.

¹⁰ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, ed. de Carmelo Sáenz de Santa María, México, Patria, 1983, cap. 37, p. 92.

como Marta y Lázaro, que en la Biblia se narra que fueron hermanos de María, nacidos en Betania. Allí se dijo que fue “ligeramente” reprendida por Jesús pero que a ella no le faltó “gracia regenerante”. Sirvió en Betania, hospitalariamente, en el banquete que celebró la resurrección de su hermano. Ya desde este momento, pues, el pensamiento y acción teológicos de los clérigos buscaban —aunque desatinadamente— emparentar o sincretizar mito y acción (*mithoi y lógoi*) entre ambas civilizaciones.

El cuento de Bernal también evoca la historia de Jacob. Que sustituyó a su hermano Esaú, el primogénito, por artes de la madre Rebeca y ante el padre Isaac, que era ciego, para que éste bendijera a Jacob —en un simulacro que equivalía a la herencia— en lugar de Esaú.

Para su caso, Bernal informó que Malintzin había sido vendida para que su hermanastro Lázaro pudiera heredar. Al pueblo dijeron que Malintzin había muerto y presentaron como evidencia el cadáver de otra niña, hija de sus criados. Marta, la madre de Malintzin, habría actuado como la Rebeca bíblica.

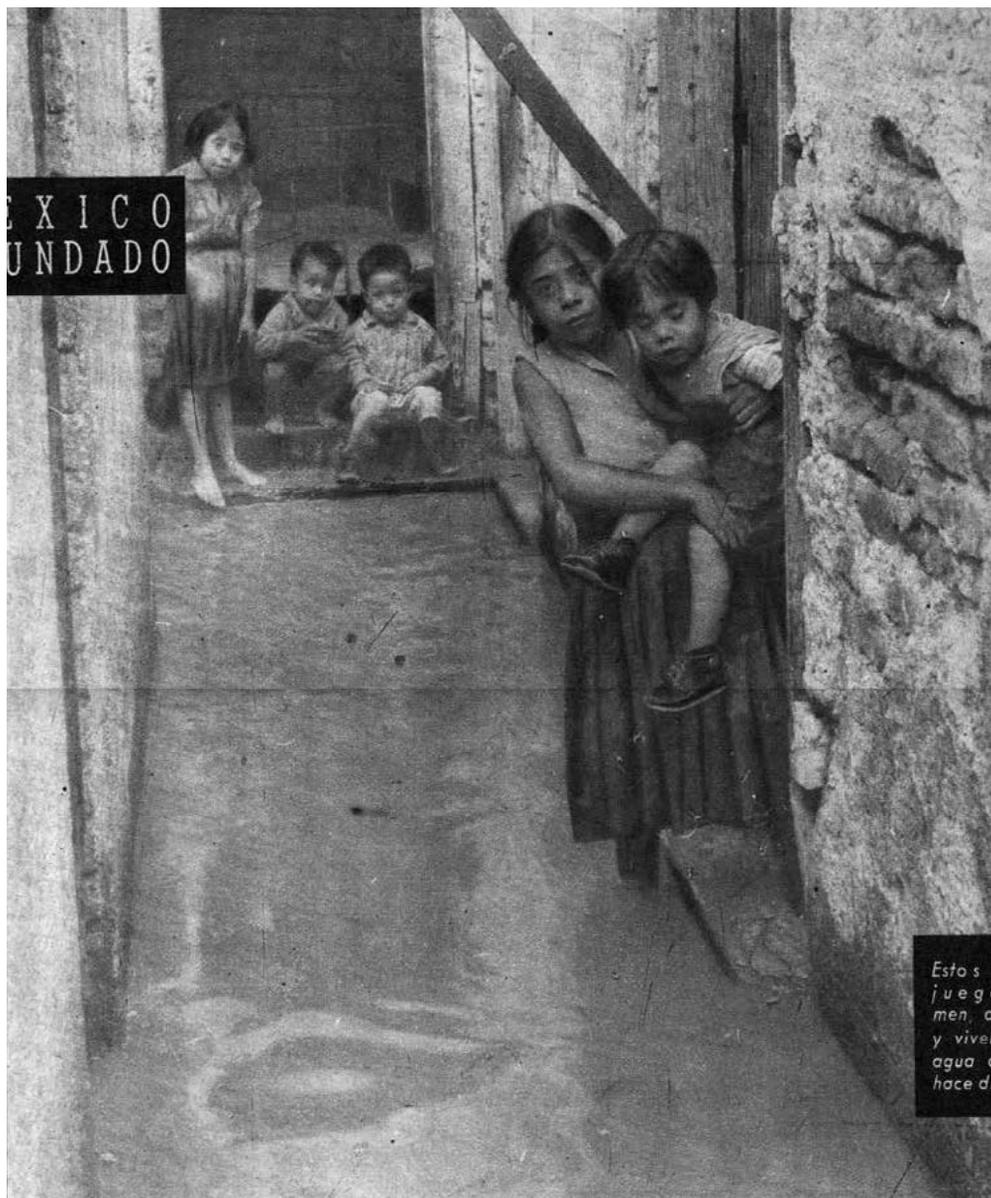
Hay poca información acerca de las reglas de la herencia entre principales del imperio mexicana. Se desconoce si entre la clase de los “principales” a su vez existirían jerarquías y si en éstas las reglas de la herencia de bienes y tierras fueran distintas. Un cronista tardío, heredero de la nobleza indígena, como lo fue Hernando Alvarado Tezozómoc, fue quien arrojó mayor información sobre el tema. Y consideró que la herencia en general recaía en el primogénito varón de una pareja legítima. Si hubiera sido este el caso, ¿por qué a la muerte del padre de Malintzin su madre, Marta, se habría visto obligada a deshacerse de una hija primogénita que en nada obstruiría la herencia para un varón futuro? A menos que la herencia en su caso fuera por vía materna e independientemente de que el primogénito fuera hombre o mujer. Para fines biográficos, por tanto, nos tendremos que conformar con el hecho escueto de que Malintzin dejó su tierra natal, Oluta, a temprana edad, para reaparecer en Xicalango, que era un lugar de encuentro de comerciantes de varias

latitudes. Y después en Centla, el reino de los maya-chontales de Tabasco, cuyo cacique, después de la derrota sufrida a manos del ejército de Cortés, la dio de regalo al capitán, junto con otras jóvenes. De todas ellas, Bernal contó una veintena y Cervantes de Salazar una docena. Si su madre la vendió, este hecho obliga a suponer que existió la venta de esclavos en dichas latitudes, de lo cual tampoco hay evidencia. Así como tampoco se sabe con detalles en cuáles ocupaciones se empleaba la trata de esclavos, de haber existido. Para que la hubiese regalado es necesario suponer un cacicazgo en Painala (como el de Centla), en manos de la madre o del padrastro. A menos que fuese usual que todo natural pudiese regalar a sus familiares y que esta práctica no fuera infrecuente.

Regalada, vendida o escapada, todo hace suponer que Malintzin llegó a Xicalango siendo aún una niña. Y a Centla en su primera adolescencia. De modo que cuando fue entregada a Cortés el Domingo de Ramos de marzo de 1519 debió rondar los dieciséis o diecinueve años. Si aceptamos esta última edad, se puede contar que estuviera al lado de Hernán Cortés durante cinco años hasta 1524, año en que se casa con Juan Jaramillo, y que muriera dos años después del regreso de las Hibueras (viaje que duró dos años), en 1528, una edad aproximada de 28 años.

Se desconocen sus años en Xicalango y en Centla. Acaso en el puerto comercial hiciera comida para los *pochteque* de paso, a cambio de un pago, y en Centla estuviese al servicio del cacique.

Malintzin fue bautizada como Marina aquel Domingo de Ramos en Centla, junto a sus compañeras, por Bartolomé de Olmedo y Juan Díaz. De labios de Gerónimo de Aguilar habría escuchado en maya los avatares de la catequización: un sólo dios habría creado todo lo existente en la tierra y en el cielo; a la muerte del devoto, según su fidelidad a la doctrina, habría de gozar de vida eterna en el paraíso glorioso del cielo. Además, Malintzin había visto cómo un puñado de hombres, con su peculiar armamento, sus onces navíos, sus caballos y sus perros, habían sometido al orgulloso cacicazgo de los chontales.



MEXICO
UNDAO

*Estos niños
juegan
en el suelo,
y viven
sin agua
hace días*

Centla cambiaría de nombre: Santa María de la Victoria, el primer sitio de nombre castellano en estas tierras. Sus coterráneos habrían de ser los primeros vasallos mesoamericanos de la Corona española. Un pueblo nunca antes sometido ahora era deudor de un monarca ubicuo después del océano, en la línea de unión de cielo y tierra, en la casa de las deidades. Y éstas habrían venido para cambiar las costumbres milenarias de los naturales.

El 10 de julio de 1519, los miembros del primer cabildo español fundado “por iniciativa de los soldados de Cortés”, envían la primera —célebre— carta a la reina doña Juana y al emperador Carlos V, su hijo, para notificar y legitimar la propia fundación del cabildo, para justificar la discrepancia surgida con el gobernador de Cuba, oficial representante del rey, Diego Velázquez, y para informar acerca de los primeros sucesos de la Conquista, en particular, sobre la batalla de Centla, que el documento menciona como una escaramuza sin mucha importancia. Hacia el final de la carta del cabildo, se expresa: “En un capítulo desta carta dijimos de suso que enviamos á vuestras reales altezas relación para que mejor vuestras majestades fuesen informados de las cosas desta tierra y de la manera y riquezas della, y de la gente que la posée, y de la ley ó seta, ritos y ceremonias en que viven.”

Pero “de suso”, es decir, arriba, en parte anterior del documento, no hay gran información “de las cosas desta tierra y de la manera y riquezas della”. Nada de la “gente que la posée”, ni de la “ley o seta”, esto es, del fundamento o la trama de la religión, organización política y costumbres en general. Y mucho menos se habla de los “ritos y ceremonias en que viven”. Ese capítulo aquí aludido, si existió, ya no forma parte de las versiones que hoy conocemos de este documento. ¿Acaso el cabildo decidió eliminarlo a última hora, antes de que partiesen para España los portadores de esta misiva —Alonso Fernández Portocarrero, Francisco de Montejo y Diego de Ordaz— sin reparar en su posterior alusión en este fragmento citado? Quizá se refiera a la primera carta perdida de Hernán Cortés. O a otro documento con el tema específico que se refiere.

Lo que sigue en el documento del cabildo, que sí tiene que ver con el tema referido, hace énfasis, más que nada, en los sacrificios humanos.

Con esto se quiere argumentar ante el rey por la necesidad de una profunda intervención de la Iglesia católica, en suma, del cristianismo, en la posible empresa conquistadora. Pues el documento recomienda al propio rey que informe al papa sobre estos hechos.

Observemos que en todos los textos posteriores a éste, escritos por cronistas y testigos oculares de los hechos, el tema de los sacrificios, de la sodomía y de la idolatría, se habrían de convertir en la muletilla de justificación de la intervención de España en México. Es de notarse que en el documento del cabildo aún no aparece con claridad el tema de la idolatría como estigma asociado a los pueblos indígenas, lo que sería después la punta de lanza de la cristianización.

El único documento conocido y que sí responde completamente al contenido que se dice tenía un capítulo anterior de la carta del cabildo, es la *Real ejecutoria de S. M. sobre tierras y reservas de pechos y paga, perteneciente a los caciques de Axapusco, de la jurisdicción de Otumba. Escribano Serna. Despachada por S. M. en su Real Consejo de indias, año de 1537. Fecha dicha merced por don Hernán Cortés, y a pedimento de partes, año de 1526.*

Este documento, si bien indica estar firmado por Cortés en 1526, se sabe que fue elaborado en 1519 a escasos días del arribo de los españoles a los arenales de Chalchiuhcuecan, Veracruz. Y éste es anterior a la carta del cabildo.

Algo que es de mucha importancia para los fines de este artículo es que la carta del cabildo refiera que en el viaje de 1518 de Juan de Grijalva, cuando arribara al llamado puerto de Campeche, el navegante se pudiera comunicar verbalmente con el cacique local, que ya era llamado con nombre cristiano: Lázaro.

Navegaron hasta llegar al dicho puerto Campeche, que el señor dél se llama Lázaro, donde había llegado el dicho Francisco Fernandez de Córdoba, [en el año anterior, 1517] y así para hacer su rescate, que por

el dicho Diego Velazquez les era mandado, como por la mucha necesidad que tenía de tomar agua. Y luego que los vieron venir los naturales de la tierra, se pusieron en manera de batalla cerca de su pueblo para les defender la entrada, y el capitán¹¹ los llamó con una lengua y intérprete que llevaba, y vinieron ciertos indios, á los cuales hizo entender que él no venia sino á rescatar con ellos de lo que tuviesen [a hacer trueque], y á tomar agua, y así se fué con ellos hasta un paraje de agua que estaba junto á su pueblo, y allí comenzó á tomar su agua, y á les decir con el dicho faraute que les diesen oro y que les darian de las preseas que llevaban. [...] Y de allí se fueron por la dicha costa hasta llegar á un rio, al cual pusieron por nombre el rio de Grijalba, y surgió en él casi á hora de vísperas, y otro dia de mañana se pusieron de la una y de la otra parte del rio gran número de indios y gente de guerra, con sus arcos y flechas y lanzas y rodela, para defender la entrada en su tierra. [...] El capitán esto vio, no saltó a tierra nadie de los navíos, sino desde los navíos les habló con las lenguas y farautes que traía, rogándoles que se llegasen más cerca para que les pudiese dar la causa de su venida, y entraron veinte indios en una canoa, y vinieron muy recatados, y acercáronse á los navíos, y el capitán Grijalba les dijo y dio á entender por aquel intérprete que llevaba, cómo él no venia sino á rescatar. [...] Y siguió hasta llegar á una bahía, á la cual pusieron por nombre la bahía de San Juan, y allí saltó el capitán en tierra con cierta gente en unos arenales despoblados, y como los naturales de la tierra habían visto que los navíos venían por la costa, acudieron allí, con los

cuales él habló con sus intérpretes, y sacó una mesa en que puso ciertas preseas, haciéndoles entender cómo venían á rescatar y á ser sus amigos; y como esto vieron y entendieron los indios, comenzaron a traer piezas de ropa y algunas joyas de oro.¹²

¿De qué traductor o faraute se trataba? Primero, queda claro que no era sólo uno, y segundo, que entendían bien la lengua maya-chontal como para poder comunicarse tanto en Campeche como en Centla, donde se hablaba esa variante del maya yucateco. Lo que resulta desconcertante es que al llegar a San Juan (de donde quedaría después el nombre de San Juan de Ulúa), es decir, a los arenales de Chalchiuhcucan, los “intérpretes o farautes” también lograron la comunicación. Y aquí resulta imposible saber si ésta era en totonaco o en náhuatl, pues esto ocurría en tierras totonacas que ya eran del dominio mexicana.

Al año siguiente, 1519, llega Cortés a la isla de Santa Cruz (Cozumel). Pero desembarca, según dice textualmente la carta del cabildo, “en el pueblo que allí hay despoblado sin gente, como si nunca hubiera sido habitado de persona alguna”.¹³ Los nativos habían huido espantados pues ahora los españoles volvían con diez carabelas (otras fuentes mencionan once) y 400 hombres. Aunque un conteo riguroso atenido a

¹¹ Como puede verse, al conductor de la flota se le llamaba comunmente “el Capitán”. De la misma forma, en el documento antes citado, *La Real Ejecutoria...* se refiere a Hernán Cortés, como “el Capitán”, sin que esto tenga que ver con el nombramiento oficial, posterior, de capitán de la Nueva España y demás tierras descubiertas, que la Corona confiriera al conquistador.

¹² Juan Díaz, *Itinerario de la armada del rey católico a la isla de Yucatán, en la India, el año 1518, en la que fue por comandante y capitán general Juan de Grijalva. Escrito para su alteza por el capellán mayor de la dicha armada*. Traducción del italiano de Luis Barjau. Documento de la Biblioteca Colombina de la Santa Iglesia Catedral de Sevilla, formada con el acervo de la biblioteca de Diego Colón, hijo menor del almirante Cristóbal Colón, una de las más ricas de la época en toda Europa. Procede de un libro en 8°. impreso en lengua toscana, en Venecia a 17 de septiembre de 1522, por el heredero de Giorgio di Ruscon, que existe con el No. 21 en la Biblioteca Colombina, rotulado *Itinerario de Varthema*. Su autor, Ludovico de Varthema, bolognés, “que dice anduvo todo”. Dedicada a la Illma. Y Exma. Señora, la Condesa de Albi y Duquesa de Tagliacozzo Madama Agnesina Feltria Colonna.

¹³ Hernán Cortés, *Cartas del famoso conquistador Hernán Cortés al emperador Carlos V*, México, Imprenta de I Escalante, 1870, p. 3.

todas las fuentes históricas y documentos de archivo permite estimar una cifra aproximada de 750 hombres.¹⁴ Contradictoriamente, dice el texto que Cortés se entera allí de algunos náufragos españoles, que años atrás quedarán en tierras mayas. Pero la verdad es que encontrarlos había sido una misión expresa que Diego Velázquez encargara por escrito a Cortés.

Y el dicho Fernando Cortés, hablándoles por medio de una lengua y faraute que llevaba [¿la misma de Grijalva?], les dijo que no iban á hacerles mal ni daño alguno, sino para les amonestar [en el sentido de informarles] y atraer para que viniesen en conocimiento de nuestra santa fe católica, y para que fuesen vasallos de vuestras majestades, y le sirviesen y obedeciesen como lo hacen todos los indios y gente destas partes que están pobladas de españoles, vasallos de vuestras reales altezas; y asegurándolos el dicho capitán por esta manera, perdieron mucha parte del temor que tenían, y dijeron que ellos querían ir á llamar á los caciques, que estaban la tierra adentro en los montes.¹⁵

Una comunicación realmente compleja para dos bandos que desconocían por completo la lengua del otro. En contra de dicha comunicación existe el hecho histórico de que los mayas de Cozumel, así como los de la península y hasta los mayas chontales de Centla que aun tuvieron el estigma de haber sido vencidos en guerra, nunca se consideraron vasallos de aquel rey ubicuo, y en cambio volvieron a ser hostiles cada vez que los españoles regresaron muchos años después.

Para nuestros fines también es importante observar que el documento del cabildo de la Villa Rica no menciona en absoluto dos eventos de extrema importancia. Uno es el regalo de las 20 (Cortés sumó 21) muchachas que el cacique de Centla hace a los españoles, entre las cuales

iba nada menos que Malintzin. Ni el papel importantísimo que ésta jugó en las traducciones del chontal al maya que hablaba Gerónimo de Aguilar, náufrago español de ocho años atrás. Ni las otras traducciones, en Veracruz, del náhuatl al maya que hablaba el mismo Aguilar, para que éste vertiese en español.

El segundo evento no mencionado fue el de la presencia de dos caciques mexicas, Tlamapanatzin y Atonaletzin, que llevaron, hasta poner en manos de Cortés en Veracruz, un códice antiguo donde constaba la valiosa información sobre la religión, las ciudades y el orden político de la sociedad mexicana. Documento que Cortés estudió en forma acuciosa apoyándose en las traducciones de Malintzin, quien escuchaba las explicaciones que sobre este documento daban los *tlacuilos* y que Moctezuma enviara para retratar a los recién llegados.¹⁶

Recuento de datos fundamentales sobre Malintzin

1. Malintzin es mencionada por primera vez como Doña Marina y en segundo lugar como Marina, en el documento que ya he referido y llamado *Real ejecutoria*, y del que se conserva testimonio en el Archivo General de la Nación, entre los títulos de propiedad territorial, formando parte del volumen 1466 del ramo de tierras.

En la *Carta del Cabildo* no consta ninguna mención de su existencia. Y hasta la *Quinta Carta de Relación* de Cortés el conquistador la llama "Marina, la que yo siempre conmigo he traído." En su mayoría los cronistas la referían con su nombre español. En el *Códice Florentino* y en los *Anales de Tlatelolco* se dice su nombre indígena.

2. Nace entre 1501 y 1504 en Painala, como vimos, el sitio hoy desaparecido perteneciente a Oluta, zona popoluca que fue a su vez de la jurisdicción de Coatzacoalcos, donde sus padres fueron gobernantes mexicas de esa área recién dominada. Reaparece en Xicalango, en la Lagu-

¹⁴ Cfr. Luis Barjau, *Guerra y significado. La batalla de Centla*, México, INAH (*Diario de Campo*, Cuadernos de Etnohistoria, 1), junio de 2003, p. 3.

¹⁵ Hernán Cortés, *Cartas de relación...*, p. 8.

¹⁶ Luis Barjau, *Hernán Cortés y Quetzalcóatl*, México, El Tucán de Virginia, 2013, p. 27.

na de Términos, que era un puesto de intercambio mercantil de varios reinos, a la edad de 15 a 18 años y es probable que se ocupara de preparar comida para los comerciantes que llegaban a cambiar sus productos.

3. Se ha dicho que los tabasqueños de Centla guerrearon contra los xicalancas y que como parte del pago de su triunfo recibieron en premio a Malintzin, entre otras doncellas, tributo que era usual entre los pueblos que eran vencidos en guerra. A su vez el cacique Tabscoob, cuando los de Centla son derrotados en batalla por los españoles en 1519, la regala con otras 19 doncellas a Hernán Cortés. Se ha dicho también en alguna ocasión que la condición de Malintzin durante su estancia en Xicalango y Centla era la de una esclava,¹⁷ pero este es un dato de difícil corroboración. Andrés de Tapia dijo que los tabasqueños la regalaron a Cortés el 15 de abril de 1519, para que “le hiciera las tortillas”. López de Gómara agregó que los indios “pensaban hacerles gran servicio [a los españoles] como los veían sin mujeres”.

4. Las veinte jóvenes fueron bautizadas por fray Bartolomé de Olmedo y por el licenciado Juan Díaz, y Malintzin recibió el nombre cristiano de Marina, acaso por esfuerzo homofónico a partir de su verdadero nombre. Se ha dicho también que la repetición castellana del nombre Malintzin derivó en Malinche lo que es posible dado que el reverencial *tzin* del náhuatl (y en particular el fonema *tz*) muchas veces se substituyó por el sonido *che* del español, por ejemplo Huitzilopochtli mucho tiempo se dijo Huichilobos.

5. Hernán Cortés, emulando costumbres locales la dio, “porque era de buen parecer, entrometida y desenvuelta”, como dijo Bernal Díaz, a Alonso Hernández Portocarrero, personaje que era de su especial interés porque era un hidalgo de Extremadura y bajo su mando Marina permaneció cerca de tres meses hasta que Hernández partió hacia España el 26 de julio con encargo de llevar oro al rey, que había sido “rescatado” de los indígenas. Su señor Hernández,

en compañía de Montejo, el conquistador de Yucatán, llevó además del oro a varios indios totónacas a Europa, por lo que es posible imaginar que en algún momento se pudiera haber considerado incluir a Marina entre esos esclavos. Después de entregar el envío al rey, por medio de don Martín, el padre de Hernán Cortés, en Tordesillas —donde Carlos V visita a su madre Juana La Loca— Hernández es apresado por orden del obispo Rodríguez de Fonseca, del bando enemigo de Cortés, y muere en prisión.

6. En los arenales de Chalchiuhcuecan, ubicados aproximadamente antes de llegar a San Juan de Ulúa, en las inmediaciones de los municipios actuales de Veracruz y Boca del Río, frente a la Isla de Sacrificios, donde los indios construyeran unas “palapas” para que los visitantes se refugiaran del sol y pudieran exponer en pequeñas mesas y petates su mercancía a intercambiar, Andrés de Tapia se percató de que Marina hablaba otra lengua que el traductor Gerónimo de Aguilar no entendía y que fue el náhuatl, la lengua de los enviados de Moctezuma para informarse sobre la llegada de los extraños.

7. Cortés prometió a Malintzin “más que libertad” a cambio de su labor de traducción y de su fidelidad pues “la quería por faraute y secretaria”, según afirmó López de Gómara (cap. xxvi). Marina aprende español en tiempo relativamente breve. Como es muy posible que hablara el popoluca de su infancia en Oluta, estaríamos ante una políglota del popoluca, maya-chontal, náhuatl y castellano.

8. Descubre el sometimiento militar y tributario de que los reinos totonacas son víctimas de los mexicas.

9. Empeñe labor de endoctrinamiento y catequización sobre sus compañeras tabasqueñas, después con las jóvenes totonacas regaladas a Cortés en Cempoala y Quiahuiztlan, y en adelante en todo contacto con los distintos reinos indígenas de la costa hasta el altiplano central.

10. Descubrió el complot de Cholula por la información proporcionada por la esposa de un principal cholulteca; Marina previno a Cortés de caer en una trampa en un recinto del centro de la ciudad.

¹⁷ Juan Miralles Ostos, *La Malinche, raíz de México*, México, Tusquets, 2004, p. 55.

11. Vertió al maya-chontal todos los parlamentos de los principales tlaxcaltecas hasta obtener la alianza total de este reino enemigo de los tenochca.

12. Tradujo todas las conversaciones y negociaciones entre Moctezuma y los señores principales de la Triple Alianza y Cortés, hasta los sucesos de la llamada Noche Triste. De nuevo con los tlaxcaltecas y con otros reinos cercanos.

13. Fue enlace entre todos los diálogos previos, durante y posteriores al asedio de la ciudad de México-Tenochtitlan.

14. Comandó a todos los ejércitos de guerreros indígenas aliados de los castellanos. “Una muy excelente mujer” que fue “gran cacica e hija de grandes caciques y señora de vasallos”.

15. Muy probablemente intervino en el tormento de Cuauhtémoc, pues no había otro traductor que expresara las preguntas de los españoles a la víctima.

16. Fue concubina de Cortés durante cinco años, de 1519 a 1524.

17. A finales de 1522, a tres años y algunos meses de vivir con Cortés, nace su hijo Martín.

18. En 1524, en Ostoticpac, Orizaba, es casada con Juan Jaramillo, amigo de Cortés, piloto de una nave durante el asedio de la ciudad, buen soldado, uno de los regidores del primer Ayuntamiento de la ciudad de México, alcalde ordinario en dos ocasiones (1526 y 1539), alcalde de Mesta en 1540, encomendero en Xilotepec.

19. Cortés le asignó Oluta y Jáltipan, su lugar de origen y antigua gobernatura de sus padres. En esa ocasión reencontró a su medio hermano, Lázaro —a quien no conocía—, y a su madre, Marta.

20. Del matrimonio legal con Jaramillo, Marina parió una hija, María, en 1526 y en el navío que regresaba del viaje a las Hibueras.

21. En México habitó su casa de la calle de Medinas (hoy Cuba, a un costado de la Plaza de Santo Domingo) en el corazón de la ciudad.

22. Marina muere de causas desconocidas hacia 1527 o 1528, a la edad aproximada de 28 años.

23. En vida, los tlaxcaltecas le asignaron características que correspondían a la deidad conocida como Matlalcueye, que es advocación de

Xochiquétzal, con atributos de erotismo y fertilidad y por algunos considerada como la joven Tonantzin. Hoy la montaña cercana de la ciudad de Tlaxcala, en la antigüedad conocida como Matlalcueye y representada con dos cabezas, heredó el nombre de La Malinche, así como otros varios cerros y montañas de los valles centrales.

24. Su imagen quedó plasmada en el *Códice Florentino*; en algunas ilustraciones de la *Historia de las Indias de Nueva España* de Diego Durán; en el *Lienzo de Tlaxcala*; en la Colección de 156 grabados anónimos que ilustraron la *Historia de Tlaxcala* de Diego Muñoz Camargo, texto original conocido como el *Manuscrito de Glasgow*. En una de estas láminas Marina aparece de escudo y macana. En las láminas 22 y 45 del *Lienzo de Tlaxcala*, abraza una rodela española. En una de las láminas del *Manuscrito de Glasgow* Marina es la figura central porque explica el significado del agua durante el bautizo de los principales de Tlaxcala. Por último, se ha dicho que quedó representada como figura principal en el escudo del Estado de Tabasco. El rey Felipe II concedió a Tabasco en el año de 1598 el título de Villahermosa a la antigua localidad de San Juan Bautista, que fue el segundo sitio español después de Santa María de la Victoria. Asimismo, dio la concesión del escudo. Según un antiguo manuscrito, dicho escudo era descrito en los siguientes términos:

Un campo de gules y cuatro cuarteles sobre tela carmesí, dos mundos de azul, cargados de cruz, sobre las columnas laterales de Hércules, y cuatro escudos enteros contrapuestos cada dos por la diagonal, que en campo de plata representan de derecha a izquierda un brazo armado de brazal y empuñando espada; y de izquierda á derecha una india coronada y con los pechos descubiertos y en las manos sendos ramilletes de flores. La india coronada sin duda alude á La Malinche enlazada con Tabasco.¹⁸

¹⁸ Manuel Gil y Sáenz, *Compendio histórico, geográfico y estadístico del Estado de Tabasco*, México, Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Tabasco, 1979, p. 115.

Algunos otros historiadores tabasqueños han llegado a suponer que La Malinche está doblemente representada en el escudo: como reina central coronada y vestida a la española, y como indígena con los pechos descubiertos y empenachada, en el ángulo inferior izquierdo del mismo. Esta suposición tiene a su favor el hecho de que de haberse deseado incluir la figura regia española en el escudo, correspondía a Carlos V el honor, cuando no a Fernando e Isabel.

Como ya se dijo, Marina tuvo dos hijos: uno varón, Martín, con Hernán Cortés; y una niña, María, con su esposo legítimo Juan Jaramillo. Martín es el primer mestizo de una vasta población que habría de habitar una nueva nación, y él se habría de integrar en los altos estratos de la sociedad española. Sin lugar a dudas el promotor consciente de este nuevo perfil genético del componente humano de lo que siglos más tarde habría de ser la nación mexicana, fue Cortés, quien desde Cuba decidió tener hijos con mujeres indígenas. El conquistador decidió (sin que tenga relevancia alguna las circunstancias en que tal suceso ocurrió) el mestizaje y la cristianización de los indios. Una política opuesta a la del descubridor Cristóbal Colón, a la de su hijo, Diego, y a la del gobernador de Cuba, Diego Velázquez.

Martín Cortés, el hijo de La Malinche y del marqués, nació en Coyoacán hacia finales de 1522 (tres años y algunos meses después del inicio de la relación de Marina con Cortés en Veracruz el 26 de julio de 1519), al año de la caída del reino de Tenochtitlan. Martín y la Nueva España nacieron juntos: México hispanoindígena. Recibió el nombre de su abuelo paterno, a la usanza española. No es posible saber si este nacimiento tuvo o no alguna forma de planificación deliberada. Pero ocurrió después de cumplido un ciclo espectacular tanto para el desarrollo de la sociedad local como para las vidas de los protagonistas de la Conquista. Martín pasó al cuidado de los sirvientes de doña Marina y de Cortés a los dos años porque sus padres habrían de partir a la aventura de Las Hibueras, un viaje que duró dos años. Cuando Marina regresó a México en 1526, Martín tiene cuatro

años y se puede decir que entonces conoce a sus padres.

Dos años más tarde, a mediados de abril de 1528, Cortés viaja a España llevándose a Martín pues su madre Doña Marina ha muerto. Esta fecha del viaje que es la más aceptada, Bernal, sin embargo, la ubica para diciembre de 1527, diciendo que Cortés, Gonzalo de Sandoval y Andrés de Tapia desembarcan en España. Andrés de Tapia no refiere nada al respecto en su *Relación sobre la conquista de México*. Hernán Cortés tiene 43 años y ha pasado 24 en América sin volver a la península ibérica. Viaja, después de autorizado, a conocer al rey e informarle personalmente de todos los sucesos ocurridos en las tierras conquistadas y a negociar los fueros que le corresponden. Legítima ante el papa Clemente VII a Martín, de siete años, y a otros dos de sus hijos ilegítimos: Luis de Altamirano y Catalina Pizarro.

Martín recibió el hábito de Santiago, como *trece* de esta orden. Alto rango social, pues el comendador de esta orden tenía un cuerpo de trece caballeros por encima de los cuales sólo estaba el rey. Esta institución constituía en la práctica un pequeño Estado enclavado en el mayor. A la muerte del comendador de Santiago, Fernando el Católico se apodera de su conducción así como de la Orden de Calatrava.

Martín fue también paje del príncipe Felipe II, con quien viajó a Italia, Flandes e Inglaterra. En Inglaterra permaneció un año hasta que Felipe contrajo matrimonio con su tía María Tudor.

Participó al lado de su padre en la expedición contra Argel. En la refriega Hernán cae al agua y para no hundirse tiene que desprenderse de un cinturón con bolsas donde guardaba oro y piedras preciosas.

Administró los bienes de su medio hermano Martín, el segundo marqués del Valle. Hacia 1566 regresa con él a México y participa en una conjura contra el virrey. Martín sufrió torturas por este hecho, a más de que sus dos amigos, los González de Ávila, fueron decapitados en la plaza mayor. A partir de este hecho ambos hijos de Cortés fueron deportados a España de donde

nunca más volverían. Su estancia en Nueva España fue de dos años.

Se casó con doña Bernardina de Porres, con quien procreó una hija: doña Ana Cortés. Enviudó y tuvo un hijo que llamó por tradición Fernando Cortés; éste fue ilegítimo, como en su infancia él mismo lo fuera. No se conoce a la madre de ese hijo. Pero Fernando fue alférez en Milán y en Portugal, y maestro de campo en Perú.

Don Juan de Austria, que tuvo en alta estima a Martín, le encomendó un mando y alta misión en la campaña contra los moros de Sierra de Alpujarra. Y en la batalla recibió un tiro de arcabuz que le causó la muerte días más tarde en Granada, donde opina un autor, deben reposar sus restos en alguna iglesia.

La Malinche tuvo otra hija con Juan Jaramillo, doña María, hacia el 29 de abril de 1526, como se dijo, cuando regresaba por barco del viaje a Las Hibueras. A unas 150 leguas de San Juan de Ulúa, en la noche del parto se desató una espantable tormenta que obligó a la embarcación a tomar la ruta hasta Cuba. María se casaría en México con Luis de Quesada.

El 16 de mayo de 1542, ante el Alcalde Ordinario Gerónimo Ruiz de la Mota, María y su esposo abren una Probanza con objeto de recuperar las tierras de Oluta y Jáltipan que su abuelo había concedido a sus padres; porque a la muerte de éstos, María y Luis habían perdido su parte al ser despojados por los herederos del segundo matrimonio de Juan Jaramillo. De la estirpe de La Malinche quedaron dos ramas en México y en España.

Toda esta información pone en evidencia un conjunto singular de factores históricos que fungieron como el marco donde se pudo desarrollar el cisma de la conquista española sobre el conjunto de reinos que configuraban el plano geográfico mesoamericano. Fenómeno que sucesivamente se irradiaría hacia todo el continente.

Tales factores históricos se pueden enlistar a partir del hecho particular del aislamiento milenario de las culturas que poblaban América. Este aislamiento tuvo muchas consecuencias, pero, a fin de explicar el fenómeno de la Conquista, no se pueden dejar de considerar dos

de ellos como principales en el momento de la guerra: uno fue que la ausencia de intercambio con el resto del mundo consintió un orden militar y un armamento ineficaz en la confrontación con otros, extracontinentales. El segundo consistió en que el sistema de sometimiento e imposición con un régimen tributario sobre los reinos vecinos, que ejerció México-Tenochtitlan, propició la alianza de los pueblos indígenas sometidos, con los españoles.

Los demás factores que son antecedentes de la Conquista, aún siendo menos concretos que los expuestos, no por ello menos importantes, no tienen cabida en este breve ensayo y han sido objeto de otra larga investigación.¹⁹ Pero lo expuesto hasta aquí basta para ilustrar el sustrato histórico y social en el cual se desarrolló un personaje como “la mujer de la tierra” que conocimos bajo el nombre de La Malinche, arquetipo femenino excepcional crecido en la coyuntura creada por la amalgama de dos civilizaciones distintas. Dicho personaje es pionero y simbólico del camino que habría de seguir la población indígena de México, el de la occidentalización cristiana y mercantil; que la inmediatez del análisis histórico siempre prefirió conservar como un paradigma en su dimensión biológica, no del todo exenta del prejuicio racial, y reiteradamente dicha como el fenómeno del mestizaje. El análisis histórico predominante señala el hecho concreto de que doña Marina, al procrear un hijo con el conquistador, marcaba la ruta que habría de seguir la evolución de la población del territorio conquistado.

La Malinche, al igual que todos los reinos indígenas del “Nuevo Mundo” (los cuales actuaron unos por fuerza militar, otros por carecer de alternativas, y otros más voluntariamente, se encauzó en un nuevo proceso que resultó irreversible y que poco a poco habría de ir configurando el sentido de la historia continental: el propiciado por la occidentalización de la antigua sociedad indígena.

¹⁹ Véase mi libro *Voluntad e infortunio en la conquista de México*, México, INAH/El Tucán de Virginia, 2015.

